1050

Baltazar Cozar

14

HISTORIA

TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros días

(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

ra, que acaba de ponerse á la venta, n amplio y fiel extracto los principales xamina con imparcialidad la historia eñala sus defectos y expone con minu- ılles lo referente á las relaciones exte- España, siendo, por tanto, de gran inte- nocer de un modo exacto el aspecto o de la cuestión cubana.
› en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

E LOS REINOS DE LAS INDIAS

nandadas imprimir y publicar

POR

ESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

dición, corregida y aprobada por la ias del Tribunal Supremo de Justicia, ›ación de la Regencia provisional del

nos en folio, 50 pesetas.

ÓFILOS ESPAÑOLES

completa de todos los tomos publi- a sociedad, de que se hallan la ma- otados.
:ados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

ay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

›lecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

BALTASAR COZZA.

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL,

EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN VERSO Y PROSA

POR

DON JOSÉ MARÍA DIAZ.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

Baltasar Cozza.
El cardenal Othon Colonna.
El cardenal de Viviers.
El cardenal de España.
El Camarlengo.
El marques de Ferrara.
El cardenal Malatesta.
Clotilde.
María.
Genaro.
Lulu.
Raimundo.
Un capitan de guardias.
Cosme de Médicis.
Caballeros florentinos.
Un pirata.
Otro idem.
Cardenales, caballeros, pueblo, conjurados, piratas y guardias.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

A Don Antonio Ros de Olano,

su amigo

J. M. Diaz.

609823

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/baltasarcozzadra14114dazj

ACTO PRIMERO.

El Pirata.

Cerigo.–1404.

El teatro representa la playa de la Isla de Cerigo en el archipiélago griego. – Rocas á los lados. – El mar algo agitado. – Restos de dos naves deshechas por la tempestad. – Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE.

¡Qué noche tan infernal!
Solo el recuerdo... ¡qué horror...!
¡Brilló en todo su esplendor
la cólera celestial!
Los restos tristes allí
de un navío poderoso...
el mar aún orgulloso...
el huracan... Yo le oí
ocultándome en el lecho
de esperanza y de temor
poseida, y de terror
se estremecia mi pecho.
¡Pobre gente...! Ayer tal vez
con su quilla vencedora,
del mar vencedor ahora
logró calmar la altivez.
Y quizás en su alegría
esclamaban con jactancia:
"*poco vale la arrogancia*
donde sobra la osadia."

¡Infeliz! ¿Y Baltasar?
mi bien, mi pirata, ¿dónde...?
¡Tal vez ahora le esconde
entre sus ondas el mar!

ESCENA II.

CLOTILDE, MARÍA, *por la derecha.*

María. ¿Qué tienes, Clotilde mia?
¿Por qué suspiras? ¿Por qué
las lágrimas de tus ojos
empañan el rosicler
de tus megillas...?
Clotil. María...
contempla el mar, y despues
pregunta á mi corazon...
María. Orgulloso por mi fé
se ostenta el mar todavía;
á saciar su ardiente sed
no han bastado, á lo que veo,
esas galeras que ayer
saludaban estas costas
con menosprecio tal vez,
y que hoy en restos perdidos
sobre la playa se ven.
Clotil. Sí, María; su furor
ayer tan crecido fue,
que parecia que el cielo
se desplomaba sobre él,
y que orgulloso en la lucha
quiso morir ó vencer.
María. (*Con entusiasmo.*)
Y venció: mira esas olas
en agitado vaiven
cantar con sordo rumor
de su victoria la prez:
mira esos restos besando
con esta playa sus pies:
mira esas nubes huyendo
derrotadas, y á su vez
temerosas de que el mar

de nuevo se irrite... Ven;
subamos en esas rocas...
desde ellas podremos ver
ese piélago profundo
que inspira tanto interes,
esa creacion divina
del soberano poder.

Clotil. María... ¡qué niña eres...!
¡Cómo se conoce que
en el fondo de tu alma
no tienes recuerdo fiel
de un amor correspondido,
mi dulce, mi único bien,
la imagen de Baltasar...!

María. Clotilde, perdóname;
perdona si en el delirio
de mi entusiasmo, maguer
que al hombre de tus amores
tenga cariño tambien,
perdona, si sus peligros
por un momento olvidé.
Perdona; yo te lo ruego...
Pero ¿quién no olvida, quién,
desventuras y placeres,
galantería, esquivez,
cuando ese mar se levanta,
y en agitado tropel
sus aguas en montes lleva
sobre esas rocas que ves,
y el eco sordo que forma
y se escucha por do quier,
y retumba pavoroso
y con estrépito? Ayer
cargados de seda y oro,
de rico botin, de cien
mancebos que en osadía
no tienen iguales, él
de un empuje solamente
los hizo desparecer.
Mira, esos restos lo dicen...
"*Paz á los muertos.*" Merced
á tu indómita arrogancia,

dóite, ó mar, mi parabien.
Clotil. Niña incauta, ¿qué profieres?
¿Saludas con tanta fé,
con tal entusiasmo, á ese
elemento tan cruel
que quizás en su victoria
la eterna paz, el placer
de vivir en otro mundo
mas puro y de mas valer
robó á sus víctimas? No;
esa esclamacion no es
hija de tu corazon...
María. No, Clotilde...
Clotil. Ya lo sé;
hermosa de pocos años,
en un desierto clavel,
cuyo brillante color
envidia da á quien le ve,
ni sabes lo que dijiste,
ni fue tu ánimo ofender
la memoria de los muertos.
María. No, Clotilde; no lo fue.
Pero el alma se arrebata
al contemplarlo... Al nacer,
estas playas y estos mares
miraron de mi niñez
los recreos infantiles,
y con cariño á mi ver
escucharon mis palabras
primeras de candidez.
Cuando lejanos los dias
de esa edad que te conté,
la juventud agitada
hizo en mis venas correr
la sangre del entusiasmo
y con ella amor tambien,
un pensamiento de gloria,
de felicidad, tal vez
de tristísima agonía,
en mi pecho hizo nacer
un sentimiento profundo
y dulcísimo... Jugué

con esta idea en mi mente;
en sueños de oro y placer
de apasionados amores
una existencia soñé.
¿Quién me diera, yo decia,
un elegante doncel
vestido de seda y oro
sumiso á mis plantas ver
y por salones dorados,
y por danzas y por tren,
y por templo de su amor
poner un barco á mis pies?
Esos rugidos del mar
fueran los cantos de fé,
la música de mis bodas:
su no vencido bajel
fuera el palacio de amor
donde halla muerte el desden.
¿Quién me diera contemplar
al hombre que consagré
mi vida desafiando,
venciendo el alto poder
del huracan arrogante,
de los mares la altivez?
Un hombre asi, que me ama,
que á mis rodillas se ve,
y tiene por patria el mar,
por lazos de su batel
las banderas de otros pueblos,
y de todo mercader
las riquezas, por su hacienda,
un hombre, un pirata á quien
se le oye cantar tranquilo
esa cántiga ¡pardiez!
tan bella de un gran poeta
que aprendí y no olvidaré:
"Y del trueno al son violento,
y del viento al rebramar
yá me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar."

¡Ah! Clotilde... un hombre asi,
y mi corazon es de él.

Clotil. (*Con arrebato.*)
María, tienes razon;
por eso yo le adoré.
Yo le vi sobre los mares
del triunfo con el laurel;
yo vi sus cabellos rubios
flotantes á la merced
del impetuoso huracan,
y en sus miradas hallé
tanto amor, tanta osadía...
él me ofreció por dosel
ese combatido barco;
Baltasar besó mis pies,
y puso delante de ellos
las banderolas de cien
navíos de cien naciones;
la espada, el puñal y arnés
de capitanes famosos
que le quisieron vencer...
su corazon, sus azares,
ó María, y le adoré.
Y le adoro, y su cariño
es el tormento cruel
que me despedaza. Tiemblo
cuando irritado se ve
el mar que es su patria, el mar
que saludó su niñez
y es presa de su valor...
Entonces lloro por él,
porque es mi vida...

María. (*Con desden.*) ¿Tú lloras?
No le sabes merecer.

(*Óyese á lo lejos una cancion: á pocos momentos el ruido confuso de los remos: un barco pirata vistosamente engalanado atraviesa por el fondo.*)

Clotil. ¡María del corazon...!
Es él...

(*Clotilde y María se abrazan y salen precipitadas de la escena por la izquierda.*)

ESCENA III.

CLOTILDE, BALTASAR, MARÍA, LULU, GENARO, *algunos* PIRATAS. *Baltasar entra en escena abrazado de María y de Clotilde.*

Gen. (*Dentro.*) Atraca, Beltran.
Balt. (*Idem.*) Pronto, pronto.
Gen. (*Idem.*) Voto á San...
(*Momentos de silencio*)
Balt. (*Saliendo.*) Clotilde, ¡Tanta pasion...!
No llores, prenda querida,
que siendo perlas tu lloro
tan riquísimo tesoro
te robaré por mi vida...
Clotil. ¿Cómo?
Balt. ¿No lo sabes?
Clotil. Sí.
Balt. No llores, cese el pesar;
si soy monarca en el mar
quiero ser esclavo aqui.
María. (*A Lulu.*) ¿Tú eres nuevo...?
Lulu. Sí; lo soy...
María. ¿Cómo te llamas?
Lulu. Lulú.
María. Pocos años cuentas tú...
Lulu. No tan pocos... trece hoy.
Clotil. ¿Estás triste, Baltasar?
Balt. ¿Y por qué, cuando á tu lado
vivo en aire embalsamado
con olores de azahar...?
Cuando á tu lado respiro,
el viento no me estremece,
del mar que agitado crece
ni me acuerdo, ni le miro.
Hasta olvido ese dosel
que te ofrecí con temor
para asilo de mi amor...
ese atrevido bajel...
Y en él, Clotilde, las olas
vencí del hinchado mar,

y le supe engalanar
de estrangeras banderolas:
y en él escuché tu acento
por vez primera en el mundo,
que penetró en lo profundo
de mi corazon sediento...
Sediento, sí, de ventura,
de ese placer soberano
que brinda al mísero humano
la boca de una hermosura,
cuando anegados en lloro
sus ojos y temerosa
con voz de un angel y hermosa
responde al doncel... *te adoro.*
Tu imagen cándida y bella
no se separa de mí;
tu imagen constante aqui
es en los mares mi estrella.
Tu nombre llevan las olas
del mar de Italia y se elevan,
y se estienden y le llevan
á las playas españolas;
y cuando quietas murmuran
en falsa paz bonancible
y lid mas fiera y terrible
al sol venidero juran,
no me falte entonces page
(*Señalando á Lulu.*)
que en sus sentidos acentos
tu nombre entregue á los vientos
de mis recuerdos en gage.

Clotil. ¿Y ese page dónde está,
que eso es nuevo para tí?

Lulu. Yo soy.

Balt. Acércate aqui.
Clotilde es mi reina.

Lulu. ¡Ah!
¡Bella, bella en demasía...!
No sé si llamarla flor,
ó dulce prenda de amor,
ó primer rayo del dia,
ó luz que el cielo me envia

para dar luz á mis ojos,
ó consuelo para enojos,
ó la hermana de María.

Clotil. ¡Oh qué page tan galan...!
Balt. Es Lulu muy entendido...
Maria. ¡Qué lástima! ¡No ha vencido
los mares y el huracan...!
Clotil. ¿Y es tu canto...?
Lulu. La inquietud
hay en él del corazon.
Clotil. ¿Cancion sentida...?
Lulu. Cancion,
señora, de esclavitud.
Clotil. Por lo dicho no te agrada..
tu suerte de marinero...
Lulu. En lo que decirte quiero.
hay muy poco de eso ó nada.
Balt. Hola, hola... el pagecillo
enamorado quizás...
Lulu. No prosigas, señor, mas,
que no acertaste á decillo.
Que si al alba encantadora
le dice amores el dia,
dejad que á la luna fria
le diga amores la aurora.
Y no la pienso ofender
llamándola luna, no,
que con su brillo alumbró
la oscuridad de mi ser.
Clotil. Canta pues...
Maria. Ese es mi gusto...
Clotil. Y el mio tambien.
Lulu. (*A Maria.*) Tambien...
Maria. (*Con orgullo y burla.*)
¡Vaya un poco de desden...
Vamos, pronto...
Clotil. Hermana...
Lulu. (*Sonriéndose.*) Es justo.
(*Canta.*)
"No mires mis pocos años
ni te den pesar profundo,
que no hay en ellos engaños

ni la malicia del mundo.
Atiende, sí, á mi cariño,
que es fruto del corazon:
si mi pasion es de un niño,
inocente es mi pasion.
Ven, hermosa,
de contado,
á mi lado,
junto á mí.
Mi existencia,
mi tesoro,
yo te adoro,
ven aqui."

Clotil. Muy bien...

Lulu. Gracias... no canté
con libertad...

Clotil. ¡Baltasar...!

Balt. (*Con afectacion.*)
¡Tengo mucho en que pensar...!

Lulu. (*A María con intencion.*)
Me parece...

María. (*Con sentimiento.*)
Ya lo sé.

(*María, Lulu, Genaro y los piratas se retiran á un lado. Baltasar y Clotilde se sientan en uno de los peñascos que hay por la escena repartidos*)

Clotil. ¿Qué tienes, mi emperador?
¿A qué viene ese desvío
con tu Clotilde, bien mio?
¿Te da ya pena mi amor?

Balt. No, Clotilde; pero un sueño
que tuve dos noches ha...

Clotil. ¡Sin duda horrible será...!

Balt. No; es triste y muy halagüeño...

Clotil. ¿Triste y halagüeño...?

Balt. Sí;
es triste, porque me mata
y un lazo de amor desata;
porque me aleja de tí.
Y es alegre y de valor,
porque si á cumplirse llega,
Clotilde, á mi mano entrega

el cetro de un gran señor.

Clotil. Baltasar, no me le ocultes,
que puede que con callar
mi cariño y mi pesar
sin tú pretenderlo insultes.

Balt. No, mi vida; he de decirlo,
que importa, Clotilde, poco;
creerlo fuera estar loco...

Clotil. ¡Baltasar...!

Balt. ¿Quieres oirlo?

(*Baltasar y Clotilde hablan en secreto: María inquieta los mira con desconsuelo.*)

Lulu. ¿Estás inquieta, María?
Mucho miras á tu hermana...

María. Está fresca la mañana...

Lulu. ¿Fresca...? Si quema el dia...

María. Pues yo te juro que no.
(*Ap.*) ¡Cuánto amor se tienen! ¡Triste!

Lulu. (*Ap.*) Por mas que se me resiste
habré de creerlo...

María. (*Ap. y mirando á Baltasar y á Clotilde.*)
¿Y yo?

Balt. (*A Clotilde.*) Asi fue; soñé que hablaba
con mi Clotilde de amores,
y que de cintas y flores
su cabello entrelazaba.

Soñé que con ansia loca
ternura, amor me pedia,
y anuncio de Dios creía
la palabra de su boca.

Y en el centro de los mares
me imaginé descansando
en tu seno y escuchando
tus dulcísimos cantares,

cuando de pronto me vi
con desconsuelo profundo,
solo, sin nadie en el mundo...
me vi, Clotilde, sin tí.

Busqué tus ojos, tu frente,
tus manos y tus cabellos,
y del sol á los destellos
vi un sepulcro solamente.

Me estremecí; registré
el sepulcro con mis ojos...
de una muger los despojos
sobre él marchitos hallé...
Eran los tuyos... Entonces
en mi arrebato ó locura,
desgarré mi vestidura,
rompí los dorados bronces
de aquel túmulo maldito...
y de improviso... ¡qué horror...!
vi este letrero de honor
sobre plancha de oro escrito:
"El amor tiene una ley
constante; el amor perece,
y mucho mas envanece
la corona de este rey."
Y dos ángeles tomaron
aquella corona hermosa,
y cien perfumes de rosa
á mi lado derramaron.
Y mi cabellera ungieron
con aromas de valor,
y la tiara del Señor
sobre mi frente pusieron.

(*Clotilde y Baltasar siguen platicando entre sí.*)

Lulu. (*A María*)

Bien haya, amen, ó María,
tu hermosura y tu tristeza,
que ya á interesarme empieza
tambien tu melancolía.
Si fuese preciada ofrenda
de amistad ó de cariño,
este corazon de niño
como es de inocencia prenda,
no aguardaria á despues,
que osado mi pensamiento
llevara á cabo el intento
de arrodillarme á tus pies:
y besar tus manos, sí;
besarlas con ufanía,
como se recibe el dia...

María. (*Ap.*) ¡Todo habla de amor aqui...!

(*A Lulu.*) ¿Tan niño y tanta pasion?
Lulu. ¿Tan niña y tanta hermosura?
María. ¿Amor el page me jura?
Lulu. Lo jura mi corazon.
María. Mirad; mi Clotilde llora...
Lulu. El que ama llora tal vez.
María. (*Ap.*) ¡Llorar con tanta altivez!
Lulu. Tambien la altivez adora.
¿No ves á Genaro...?
María. ¿Y qué?
Lulu. Tambien se enamora...
Gen. Cierto;
una muger es un puerto
de salvacion por mi fé.
María. (*Ap.*) ¡Todo habla de amor aqui...!
¡Mi Clotilde! ¡Baltasar...!
este niño... ¡Tanto amar,
y no hay amor para mí!
(*Mira con melancolia á Baltasar.*)
Clotil. ¡Ambicioso! ¿Y para qué?
Tambien yo tengo ambicion...
Balt. ¿Tambien?
Clotil. De tu corazon
ser la reina, y lo seré...
que para serlo, no olvido
tu amor, tu vida un momento,
y crece el amor que siento,
y amor nada mas te pido.
No me abandones, por Dios,
sin que mi dicha corones...
Baltasar, no me abandones,
ó moriremos los dos.
Balt. ¿Abandonarte...? ¡jamas...!
Clotil. ¡Qué feliz soy...! Te prometo...
Voy á decirte un secreto
terrible... ¿le olvidarás?
Balt. Si es de mi Clotilde, no.
Clotil. ¿No recuerdas aquel dia
en que dije: *vida mia*,
Baltasar, tuya soy yo?
Y en mi pasion celestial,
¿no recuerdas que te dí,

prenda de amor para tí,
un abrazo y un puñal?

Balt. ¿Cómo olvidarlo...?

Clotil. Pues bien...
escucha mi pensamiento,
que encierra en sí un sentimiento
de amargura y de desden.
Cuando te vi, palpitó
mi corazon de ternura,
y el brillo de mi hermosura,
Baltasar, se marchitó.
Cuando sentí tu cariño,
solo en amarte ocupé
mis horas, y hasta olvidé
de mis galas el aliño.
Cuando te amé, yo te vi
como el Dios de mi existencia,
y mi alma y la inocencia
de mi alma yo te dí.
Mas á la par, por la fé
de mi amante corazon,
venganza, si esta pasion
abandonabas, juré...
Venganza: solo por eso
te dí el puñal. Si me dejas,
nó esperes rendidas quejas:
vengaré tamaño esceso.
Si me abandonas, arroja
en este sitio el puñal;
arrójale, y por tu mal
no faltará quien le coja.

Balt. Risa me da tu locura...
Clotilde... ¿yo abandonarte,
y solo pienso en amarte,
en dar suelta á mi ternura?

Una voz. (*Dentro.*) Que muera el perro... matadle...

Otra. (*Idem.*) Que muera, que muera ahogado...

Othon. (*Dentro.*) Tened en cuenta mi estado...
Perdon, compasion...

ESCENA IV.

BALTASAR, CLOTILDE, MARÍA, GENARO, LULU, EL CARDENAL OTHON COLONNA, *que entra huyendo de los* PIRATAS *que le persiguen, y se arroja á los pies de Baltasar.*

Balt. (*A los piratas.*) Dejadle...
Othon. Piedad, piedad...
Clotil. (*A Baltasar.*) Amor mio...
Balt. (*Ap.*) Con un cardenal tropiezo...
ya casi á creer empiezo...
Baltasar... ¡qué desvarío...!
Un pir. (*Ap.*) Me parece que el pescuezo...
Othon. Mi vida por lo que amais
en este mundo.
Balt. ¿Quién es
el que suplica á mis pies?
Othon. Un cardenal...
Balt. ¿Suplicais...?
Un pir. ¡Qué me ahogue si despues...
Clotil. Baltasar, prenda querida,
eres la luz de mis ojos...
Perdónale; agradecida
miraré como despojos
de mi belleza su vida.
Balt. Alzad, alzad sin temor,
que en la sangre del rendido
no se mancha mi valor...
Alzad...
Othon. (*Ap.*) Nunca agradecido...
Clotil. ¡Tan rendido á mi clamor! —
¡Ay! Baltasar... yo te adoro...
te miro con el cariño
de un avaro á su tesoro...
deja que mi amante lloro
se vierta sobre tu armiño.
Baltasar, la tempestad
tus miembros ha fatigado
con inaudita crueldad;
deja á mi amor y cuidado

tu cansancio... ¿no es verdad...?
Voy á prepararte el lecho
do duerman tus sinsabores
entre holandas y entre flores
al abrigo de aquel techo
cuna de nuestros amores.
Ven, María.

(Clotilde *sale de la escena con* María *por la derecha.* Genaro, Lulu *y los piratas se retiran al foro.*)

ESCENA V.

BALTASAR, EL CARDENAL OTHON, GENARO *y* LULU.

Balt. Señor cardenal, grande ha sido mi honradez, y no escasa mi clemencia...

Othon. Mi gratitud eterna... (*Ap.*) mi venganza por la humillacion que he recibido...

Balt. ¿Cómo os llamais?

Othon. Othon Colonna, romano, de la antigua y noble casa de los Colonnas y cardenal diácono...

Balt. Dios os ayude en memoria siquiera del buen Pontífice Honorio III, vuestro compatriota...

Othon. Asi sea; que su Santidad fue el primero que concedió indulgencias por la canonizacion de los santos.

Balt. Y decidme... ¿háos costado gran trabajo poner en vuestra cabeza el capelo de cardenal...?

Othon. El lustre de mi familia... la caridad de Dios... la bondad del Santo Padre...

Balt. Mi familia es la mas ilustre de Génova... la caridad de Dios ha sido grande para conmigo; tres años ha que vivo en el mar, y mas de cien veces ha burlado mi galera el ímpetu de los vientos y la furia de las olas... La bondad del Santo Padre me alcanzará tambien.

Othon. Mucha tiene su Santidad Bonifacio IX; pero revueltas andan las cosas de la Iglesia Católica, y no es semilla que prende en cualquiera tierra el berrete colorado de Inocencio IV.

Balt. Pero la tierra en que yo voy á sembrar esa semilla es tan fértil como la tierra en que ha sembrado su ilustrísima.

Othon. No bastan distinguida familia y nacimiento ilustre...

Balt. Sobrarán la familia y el nacimiento á la vista de dos galeras preñadas de escudos de Europa y de joyas de Oriente...

Othon. No bastan esas riquezas y esas joyas...

Balt. Será suficiente la altiveza de mis pensamientos, mi arrogancia...

Othon. Algo de estudio es necesario...

Balt. Puede preguntar su ilustrísima por Baltasar Cozza á la universidad de Montpeller, creada por Nicolás IV en 1289.

Othon. Entonces... mediante el amparo del cielo... y merced á algunas ofrendas en el altar de San Pedro...

Balt. Y á mi clemencia... Oidme; un testimonio necesito de la verdad de vuestros ofrecimientos...

Othon. Mi palabra... mi juramento sobre el Evangelio...

Balt. Bueno; pero no olvideis que en caso de falsedad y mal cumplimiento, la mano que os perdonó, sabrá castigar vuestra alevosía.

Othon. El cielo ve la franqueza de mi alma...

Balt. (*Ap.*) ¡Dios mio...! ¿Y Clotilde...? ¿Abandonarla? No; jamas. Desde el momento en que tal hiciese, su maldicion y la de Dios me seguirian á todas partes... ¡Cardenal...! ¡Ser cardenal. La esperanza de ocupar algun dia la Silla de San Pedro, y ver á mis plantas las coronas de los reyes y de los emperadores; disponer á mi antojo de la tranquilidad de los pueblos, de sus creencias, de sus preocupaciones, y hasta de sus conciencias; presentarme á los ojos del mundo en el trono augusto y religioso que sucedió al trono conquistador de los Césares. – ¡Hé aqui mi porvenir... brillante, glorioso, comparable solo á los sueños dorados de la infancia...! Una barrera hay que me separa de ese porvenir. – Una muger, un sentimiento... el amor. Sacrifiquemos esa muger. La corona del amor tiene espinas que se clavan en lo profundo del corazon... la tiara del Pontífice es una aureola de felicidad. – Genaro, Lulu, pronto...

Lulu. ¿Qué quereis...?

Balt. Apréstese la galera... Vamos á un puerto de

Italia... Genaro, Genaro mio, ¿quieres acompañarme? (*Vase Lulu por la izquierda.*)

Gen. Hasta la muerte. Vos me salvásteis la vida cuando no lejos de estas playas atacaron nuestra galera las del rey Ladislao.

Balt. (*A Genaro.*) Genaro, voy á abandonar los mares... voy á dejar el mundo de los hombres, de las mugeres, de los peligros, de los sentimientos del corazon, del amor... este mundo en el que he vivido con tanto placer, en el que he sido tan feliz...

Gen. Pues ¿adónde vais, mi capitan...?

Balt. A Roma; á pedir al Santo Padre el capelo de cardenal.

Gen. Os le negará...

Balt. Entonces... le compraré...

Gen. ¿Es una mercancía...?

Balt. Cuesta muy cara; pero es una mercancía. Es cosa de los hombres, y los hombres venden lo que tienen, lo que valen y lo que son...

Gen. ¿A Roma, capitan...?

Balt. ¿Me acompañarás...?

Gen. Mi vida es vuestra.

Lulu. (*Entrando.*) El viento es favorable...

Gen. (*Ap. á Baltasar.*) ¿Y Clotilde...?

Balt. ¡Genaro...! (*Tira el puñal en medio de la escena.*) Vamos.

ESCENA VI.

CLOTILDE, *poco despues* MARÍA.

Clotil. Ven, Baltasar; pero... ¡ay me...!
¿Dónde? ¿dónde...? En la rivera...
A ver su altiva galera
sin duda el pirata fue...
Con holandas rico olor
de flores le espéra allí,
que á prepararlas yo fuí
con entusiasmo de amor.
(*Ve el puñal.*)
¡Mas ay! ¿qué miro? ¡Buen Dios...!
su puñal está en el suelo;
préstame valor, ó cielo,
que moriremos los dos.

(Ruido de los remos.)

Baltasar... ¡Cruel! Ya voga
la galera maldecida;
en el ánima encendida
sed de venganza me ahoga...
María; pronto... María...
llega pronto; por piedad...

María. ¿Qué quieres?

Clotil. ¡Tanta maldad...!
¡Tan horrible alevosía...!
¡Maldicion si no le mato
con este puñal... Teñido..

María. ¿Qué tienes...?

Clotil. ¿No has conocido
que me abandona el ingrato...?
(Se oye una voz dentro.)
Mírale; *(Enseñándole el mar.)*
escucha ese acento
de infamia y de execracion,
que hiere mi corazon
con espantoso tormento...

Cantan dentro. A Dios, playa
seductora
donde mora
mi beldad.
No me olvides,
prenda amada;
ten, cuitada,
caridad.

Clotil. Maldigo el funesto instante
en que escuché sus amores,
las preseas y las flores
que me regaló de amante;
y maldigo su existencia,
sus glorias y sus engaños;
y maldigo de sus años
la encantadora inocencia.
(Al mar.)
Mar soberbia, mar bravía,
honor y espanto del mundo,
sepúltale en lo profundo...

María. ¡Y yo le perdonaria!

ACTO SEGUNDO.

El Cardenal.

Bolonia.—1410.

Sala en el palacio de Baltasar: á la derecha del espectador una puerta; en el fondo otra, y otra á la izquierda. Una mesa, un sillon al lado de ella.

ESCENA PRIMERA.

GENARO, LULU

Gen. Triste el pagecillo está...!
Lulu. Triste y desasosegado...
Tengo en el alma un cuidado
que destruyéndome va:
que mata mi juventud,
mis ilusiones de oro,
y entre penas y entre lloro
me prepara el atahud.
Gen. ¿Hoy toca tristeza? Bueno...
¡Bien haya tu buen humor,
que con el mismo fervor
estás alegre y sereno.
Ayer travieso y locuaz
burlabas de todo el mundo
con tus puntas de profundo
y tus sobras de mordaz.
Del destino los rigores
hoy dia tan á las heces
apuras, que me pareces
la Vírgen de los Dolores.
Lulu. ¿Qué le he de hacer, si es asi

el temple del corazon...?

Gen. (*En tono de burla.*)
¿No tienes una cancion
para entretenerte? ¿Di?

Lulu. No rias de mi pesar...
Ademas hoy no cantamos,
que todos aqui lloramos
al que acaban de enterrar.

Gen. Si murió en el mes de Enero
el buen Alejandro Quinto...

Lulu. No importa; en este recinto
fuerza es llorar. Lo primero,
porque la Iglesia perdió
su cabeza principal;
lo segundo, por el mal
que esto á la Iglesia causó.
Lo tercero, porque es ley
llorar con mucho dolor
tres meses al que es señor,
y seis meses al que es rey.

Gen. Y á buena cuenta, Lulu,
algunos llevamos ya
en que eligiéndose está...

Lulu. ¿Qué entiendes de eso...?

Gen. ¿Yo?

Lulu. Tú.

Gen. Tienes razon; pero es broma
pesada por vida mia
aguardar ciento y un dia
al que ha de ser Papa en Roma.

Lulu. Aguarda á que se promulgue
la eleccion, que á mas tardar...
á tí no te ha de faltar
un Papa que te escomulgue.

Gen. (*Irritado.*) Pagecillo...

Lulu. Paso, paso,
no se incomode el pirata.

Gen. (*Mas tranquilo.*)
¡Qué tiempos! Tiempos de plata...

Lulu. ¡Memorias en que me abraso...!
¿Con que recuerdas, Genaro,
aquella edad venturosa...?

Gen. Esa edad era otra cosa
de fama y nombre preclaro.
Siempre entre angustia y afan,
en contínuo movimiento;
venciendo siempre el violento
impulso del huracan:
asustando á cien naciones
con arrojo temerario,
y siendo el buque corsario
el asta de sus pendones.
Todos los dias pelear,
todos los dias vencer;
á todas horas beber,
á todas horas cantar.
Pero ahora... por mi vida
que camina muy despacio
esta vida de palacio
tan cristiana y recogida.
Por la mañana.—El Señor
alumbre tu entendimiento.—
Dios cumpla tan sabio intento
para mi bien y su honor.
—Vamos á misa.—Allá vamos.—
¡Alelluya! ¿No cantais?—
Ya cantamos.—¿No llorais
por los muertos?—Ya lloramos.
—El Santo Padre murió...
—Los decretos celestiales.
—Cónclave de cardenales...
(*Se oyen pasos á lo lejos.*)
Lulu. Silencio, que alguno entró...

ESCENA II.

GENARO, LULU, MARÍA, *disfrazada de page.*

María. Saludo al señor Lulu
y al buen Genaro.
Gen. ¡Qué aseo!
¡Qué compostura!
Lulu. ¡Gentil!
Desenfadado en estremo

el pagecillo será.

María. ¿Page? No lo sé. Primero
ha de admitirme de tal
el cardenal reverendo
de San Eustaquio.

Lulu. ¿Admitiros?
Pagecillo, por supuesto;
que no tan en valde yo
le sirvo hace mucho tiempo
con celo y cortesanía.
Si resiste á tus deseos,
yo le hablaré; le diré
que le hace falta un mancebo
entendido, bullicioso...
asi... despejado y bello...
porque yo, merced al diablo,
camino ya para viejo,
y me apunta sobre el labio...
¿Me entiendes...? Sí; mis intentos
cumplirá, que es bondadoso
el cardenal en estremo.

María. Dios proteja tu intencion
que me da contentamiento.

Lulu. ¿Tan alegre vivirás
con nosotros?

María. Yo lo creo...
¿Y tú conmigo?

Lulu. No sé;
espero vivir contento,
porque es tu cara la imagen
de una belleza, consuelo
del alma, cuando la via,
hoy que no la ve, tormento.

Gen. Y vaya, ¿dónde nació...?

María. El nombre de mis abuelos
ni brilla en los escusones
del sacro romano imperio,
ni orillas del ancho Tiber
altivo se eleva el techo
que presidió de mi infancia
las lágrimas y los juegos.
Pero en cambio no me falta

sangre española en el pecho,
y en cuarteles de mi escudo
las barras y los trofeos
teñidos en sangre mora
en holocausto soberbio
de la religion. Mi nombre
Ferrando: limpio y modesto
mi jubon; mi calidad,
de los aragones deudo:
mi estudio la teología,
la mitra mi pensamiento.

Gen. ¡Alto picais...!

María. No tan alto:
de mi familia el primero
no será que tanto honor
ha merecido. Estos reinos
en sus anales presentan
el nombre preclaro, escelso,
de Benedicto el de Luna.

Gen. El cisma que aún tenemos
es obra suya tan solo.

María. Alumbre su entendimiento
la divina Providencia,
y acatemos sus decretos
los que somos en la tierra
pagecillos y escuderos.

Lulu. Lo de page es para mí, (*A Genaro.*)
lo de escudero...

Gen. Ya entiendo.

María. ¿Y dónde está el cardenal
de San Eustaquio...?

Lulu. Allá dentro,
de hinojos ante el altar
del Pontífice San Pedro,
orando devotamente.

María. (*Ap.*) Ora mientras yo en secreto
los tristes y amargos dias
de sus amores recuerdo;
aquellos dias hermosos,
de felicidad; aquellos
en que el alma se arrobaba
sin saber el sentimiento

que en mi corazon dormía...

Lulu. ¿Llorais? ¿acaso indispuesto...?

María. Lulu, no tengas cuidado;
ya pasó; fue solo un sueño.

Gen. Su ilustrísima.

(*En este momento aparece por el fondo* Baltasar *en su trage de cardenal.*)

ESCENA III.

BALTASAR, GENARO, LULU, MARÍA.

Balt. Buenos dias, Lulu; á Dios, Genaro.

Gen. Señor...

Balt. Genaro... soy tu amigo solamente...

Gen. Estais muy descolorido...

Balt. Padezco mucho en esta legacion de Bolonia, mas que en mi embajada de Nápoles. Esta noche sobre todo he sufrido tanto como si el huracan agitase las olas del mar y amenazase hundir mi galera en sus abismos. (*Ap.*) La enfermedad que me atormenta es cruel, es insoportable ya. ¡Clotilde! ¡la tiara! ¡infeliz...!

Gen. ¡Oh...! Y gracias á la divina Providencia que ahora os permite respirar el aire libre; llevabais algunos meses sin salir de vuestra cámara.

Balt. Como que me ha sido vedado, á causa de mis achaques, el ocupar mi puesto en el cónclave, que todavía sigue reunido. (*Ap.*) ¡Si me faltarán! ¡Este cardenal de Viviers! ¡No tengo confianza en él! ¡es francés...! ¡qué martirio...! He sacrificado todas mis riquezas por ceñirme la corona de tres órdenes.

Gen. Sospecho que el señor cardenal Othon Colonna ha de ser el sucesor del buen Alejandro V.

Balt. ¡Genaro...! El cardenal Othon no me ha perdonado la humillacion que le hizo pasar en Cerigo el pirata Baltasar...

Gen. ¿Y se vengará?

Balt. Es cardenal... ¿Quién es ese page? (*Reparando en María.*)

Gen. Ferrando es su nombre. Pretende aumentar

el número de los servidores de vuestra ilustrísima.

Balt. (*A María.*) ¿Y para qué?

María. Para estar mas cerca del Pontífice de Roma.

Balt. ¡Es galan...!

María. (*Ap.*) No me ha conocido...

Balt. ¿Cómo te llamas?

María. Ferrando.

Balt. ¿Tu edad?

María. Diez y seis años.

Balt. ¿Tu familia?

María. El Papa Benedicto XIII lleva en su escudo las armas de mi casa.

Balt. Devoto serás entonces del Papa Benedicto...

María. Soy deudo suyo y devoto de la santa imagen, que tiene un altar en mi corazon.

Balt. La reina de los Angeles...

María. Asi es...

Balt. Entendido eres por mi vida, y sobrado de gracias y donaire.

María. ¿Seré page de vuestra ilustrísima...?

Balt. Ya lo eres.

María. El cielo os dé la primera corona del mundo católico.

Balt. La tiara... ¿y para qué?

María. Para que yo esté siempre al lado del Santo Padre.

Balt. Ferrando...

María. (*Ap.*) ¡Al fin le veré todos los dias...!

Balt. (*Ap.*) ¡Qué tardanza...! Hoy se debiera decidir. Lulu.

Lulu. ¿Qué quereis? (*Se retiran á un lado Baltasar y Lulu.*)

Balt. Vé á la puerta del cónclave, y alli espera el resultado de la eleccion. Si esta ha recaido en mí, tu persona ha de preceder á la del señor cardenal de Viviers y demas cardenales que vengan á noticiarme mi advenimiento á la Silla de San Pedro. A Dios.

Gen. El señor cardenal Othon Colonna...

Balt. Retiraos: hé aqui mi enemigo... ¡hipócrita!

(*Genaro y Lulu se retiran por el foro.*)

ESCENA IV.

BALTASAR, EL CARDENAL OTHON COLONNA.

Othon. La paz de Dios sea con vuestra ilustrísima.

Balt. Sus bendiciones caigan á manos llenas sobre vos, señor cardenal... ¿Cómo habeis abandonado el cónclave?

Othon. Considere vuestra ilustrísima que llevamos algunos meses reunidos; y como segun lo decretado en el segundo Concilio Lugdunense á principios de Mayo en 1234, puedo renunciar al voto en el mero hecho de abandonar mi celda, he preferido ahora seguir vuestro parecer, ya que por desgracia no lo hice antes...

Balt. Mis males y achaques... ¿Y se sabe, señor cardenal...?

Othon. Nada: el pueblo está amontonado á las puertas del palacio, las tropas sobre las armas segun las ordenanzas confirmadas por Celestino V; y ahora topé con el clero secular y regular que va en procesion á la catedral cantando las letanías y demas oraciones prevenidas en el ritual.

Balt. Disputada es la eleccion.

Othon. Algunos votos ha tenido vuestra ilustrísima, y sin haber cruzado los mares del Adriático, puede ser que ya llevara algun tiempo de ser la cabeza principal de la Iglesia Católica.

Balt. Mal harian en fijar su atencion en mí, pobre cardenal diácono de San Eustaquio, y en mis mas fogosos años señor absoluto de los mares del Adriático: algunos han pasado ya desde el dia en que os perdoné la vida en la isla de Cerigo.

Othon. Y por ello, nada mas que por ello teneis en la cabeza el berrete colorado.

Balt. Y merced á algunos donativos y á los servicios que presté á su Santidad Bonifacio IX en mis embajadas de Nápoles.

Othon. Ya se entiende...

Balt. ¿Y no ha tenido vuestra ilustrísima pensamiento de ocupar la Silla de San Pedro...?

Othon. Jamas.

Balt. ¡Qué humildad..! Poco os ha faltado para arrodillaros á mis pies, como os arrodillásteis en la isla de Cerigo.

Othon. ¡Qué humillacion...! Señor cardenal, pedid á Dios que no llegue dia en que os arrodilleis, sin encontrar una mano protectora que os levante de la tierra.

Balt. ¡Pueda ser...!

Othon. No olvideis la usanza de estilo en las coronaciones de los Papas: algunos cardenales cogen estopas que encienden y apagan al momento, repitiendo por tres veces y en alta voz... "Santo Padre, asi pasa la gloria de este mundo."

Balt. ¿Adónde vais?

Othon. Una ocupacion...

Balt. Dios sea vuestra guia.

Othon. La Vírgen de Cerigo os acompañe.

(*El cardenal* Othon *sale de la escena por una de las puertas de la izquierda:* Baltasar *al despedirse le lanza una mirada de desprecio.*)

ESCENA V.

BALTASAR.

Nací entre ricos blasones
y de noble calidad,
sobrados de antigüedad
mis ilustres escusones.
Fortuna, no me abandones;
pára tu rueda un momento,
verás que mi atrevimiento
ciñe corona á mi frente,
mas pura y mas esplendente
que ese sol del firmamento.
Apenas de la niñez
dejé la paz y quietud
y hallé de la juventud
en mi pecho la altivez,
poco valieron, pardiez,
las súplicas y el llorar

de mi madre. A su pesar
dejé mi patria querida,
y otra busqué combatida
sobre las ondas del mar.
En ella desafié
la cólera de los vientos,
y sus ímpetus violentos
orgulloso desprecié:
en ella el triunfo canté,
cuando los mares bramando
y el trueno se desplomando,
á mi voluntad ligera,
iba mi pobre galera
su imbécil ira burlando.
Tiempo de gratas memorias
cuyo recuerdo me mata;
memorias ¡ay! de pirata,
de afan, de amor y de glorias;
dulcísimas, ilusorias
todavía para mí;
¡mal haya cuando os perdí,
y al brillo de la ambicion
el bien de mi corazon,
amistad y amores dí!
Agolpados á mi mente,
recuerdos, venís ahora
cuando ya casi decora
la corona refulgente
del Pontífice mi frente...
Ahora venís con prisa,
hermosos como la risa,
á arrancar llanto á mis ojos
matando en mis labios rojos
de la ambicion la sonrisa.
¡Ahora venís... menguados...
con el perdido tesoro
de mis ensueños de oro,
de mis placeres pasados...!
¡con los ayes encantados
de una muger que adoraba,
con la vida que gozaba
tranquilo, alegre y sereno,

cuando en su cándido seno
la cabeza reclinaba!
Pero no: esa edad dejemos
para siempre en el olvido,
que soy sacerdote ungido
de un Dios al que le debemos
la corona que tenemos;
que tenemos, sí, pues ya
brillante y gloriosa está
á mis cabellos ceñida,
y no hay uno en esta vida
que me la arranque en verdá.
Piadoso, humilde el Señor,
de ella á su antojo dispuso,
y en la cabeza la puso
de un humilde pecador...
no por eso su esplendor
perdió la corona bella,
del mundo cristiano estrella,
que lozana y arrogante,
tal vez en playa distante
de estraña gente descuella.
Y no es gran cosa á mi ver
que un pirata á la cabeza
se la ciña, que altiveza
tuvo el pirata y poder;
y de generoso á fuer,
tal vez para su pesar,
plugo al pirata cambiar,
por el trono soberano
del soberbio vaticano,
el vasto imperio del mar.
Reyes que altivos llevais
las coronas de otros reyes;
reyes que violando leyes
con el poder que mandais
al Pontífice insultais;
tal vez ahora se elija
quien vuestras faltas corrija...
¡Guay de vos, si el cielo quiere,
que el hombre que asi os requiere
de Roma el destino rija!

Muy pronto su pie sagrado
vendreis á besar aqui;
pronto delante de mí
veré ese orgullo humillado...
¡Cuidado, reyes, cuidado...!
Del Santo Padre un acento
es mas que el rayo violento;
es un soplo abrasador
que el trono del mas señor
convierte en arena y viento.
¡Qué tardanza...! Si elegido
otro cardenal... jamas...
conmigo, ó Dios, no serás
tan cruel... yo te lo pido...
(*Se oyen campanas á los lejos.*)
Del conclave ya han salido...
Vamos, Baltasar, valor...
fortuna, apoyo y favor...
Ya hay rey del mundo cristiano...
(*Aparece Lulu por el foro.*)
Gracias, ó Dios Soberano;
Ego sum Papa, Señor.

ESCENA VI.

BALTASAR, LULU, GENARO, MARÍA.

Balt. Lulu, eres el page mas entendido de los pages. Cinco mil escudos pagarán cumplidamente tus albricias. Genaro, te nombro gefe de los Estaferos de su Santidad... Ferrando, tú tambien has de participar de mi alegría. ¿Qué quieres? ¿qué deseas? ¿Escudos? ¿joyas?

María. Nada de eso.

Balt. ¿Pues qué...?

María. Déjeme vuestra ilustrísima besar su mano, y estoy contento...

Balt. Religioso es el mancebo... Toma y besa.

María. Tomo y beso...

ESCENA VII.

BALTASAR, EL CARDENAL OTHON, EL DE VIVIERS, EL CARDENAL MALATESTA, EL CARDENAL DE ESPAÑA, EL CAMARLENGO, EL MARQUES DE FERRARA, GENARO, LULU, MARÍA, CABALLEROS, PUEBLO, CLOTILDE *confundida entre la multitud.*

Camar. Señor cardenal diácono de San Eustaquio, oid. *¿Acceptas ne electionem in te canonice factam in sumum Pontificem?*

Balt. Sí.

Camar. Dios ilumine tu entendimiento; que imites en humildad al pescador; que escedas en virtud y en caridad á todos los nacidos; que seas el guardador constante y fiel de los derechos de la Iglesia; que promuevas sin descanso su engrandecimiento; que la corona de los reyes y de los emperadores esté siempre mas baja que la corona de los papas, y que mantengas en toda su pureza el dogma del Redentor.

Balt. Dios lo quiera...

Viv. ¡Alabado sea su nombre!

Camar. ¿Y el tuyo? ¿Cómo te llamas? El cardenal diácono de San Eustaquio conocido en el mundo por Baltasar Cozza, va á ocupar la silla de San Pedro. ¿Cuál es tu nombre? La costumbre de tres siglos designa el del Santo Padre que nos revistió de la púrpura de los cardenales... ¿Cuál es tu nombre...?

Balt. Bonifacio IX me vistió la púrpura de los cardenales... Juan XXIII es mi nombre.

Viv. (*Encendiendo unas estopas y apagándolas en seguida.*) Santo Padre, asi pasa la gloria del mundo.

Camar. Mañana se ostentará en vuestra cabeza la tiara de los Pontífices de Roma.

Esp. En nombre del clero español el cardenal de España os saluda.

Fer. Y la nobleza de Ferrara, por mí marques de Ferrara; que Dios bendiga vuestro reinado.

Balt. Ilustre marques de Ferrara, señor cardenal Malatesta, mañana llevareis el agua en que se ha

de lavar las manos el sucesor de San Pedro antes de consagrar en el altar de la iglesia. Bolonia me vió entrar de legado: Bolonia me ve salir con la corona de tres órdenes.

Camar. Sea para bien de la Iglesia.

Clotil. (*En el fondo.*) ¡Baltasar...!

Gen. (*Ap.*) ¡Un corsario Papa...! Es un capricho singular del cielo...

Balt. Pueblo de Bolonia, salud. Mis oraciones serán fervientes: Dios escuchará mis oraciones y sereis felices.

Clotil. (*Saliendo de entre la multitud.*) Yo tambien, Baltasar, ruego á Dios por los insensatos... ¡Dios me oiga y te salve! Muy en breve, muy en breve me habrás menester.

Balt. (*Al cardenal Othon.*) ¡Qué desgracia, hermano mio, que la demencia marchita tan galanas hermosuras! (*Se dirige al foro seguido de los cardenales y caballeros.*)

Gen. ¡Un corsario Papa! (*Ap. á Lulu y á Maria.*) ¡Tan jóven!

Othon. Juan XII se apoderó de la silla apostólica despues de la muerte de Agapito en el año 956, y no tenia mas que diez y ocho años.



ACTO TERCERO.

El Santo Padre.

Roma.—1414.

Sixtina de San Pedro: en el fondo, un poco á la derecha, puerta secreta cubierta con un cuadro que representa á la Vírgen: puerta á la izquierda y á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LULU, MARÍA.

María. ¿Y cuál es la imagen santa
que está fija en la pared
y oculta cierta escalera
subterránea...?
Lulu. Aquella es.
(*Señalando al cuadro de la Vírgen.*)
María. Donosa invencion ha sido.
Lulu. No es mala del todo á fé,
que puede salvar la vida
del Papa en algun revés.
María. Solos estamos, Lulu...
escucha... Vamos á ver
cómo se abre ese resorte...
Lulu. Gustoso, Ferran, pardiez.
(*Prueban los dos á averiguar el resorte.*)
María. Imposible... no atinamos...
Lulu. Descansemos...
María. Óyeme.
Nunca me has dicho la historia
de la edad de tu niñez...
Lulu. ¿Qué? ¿Lo quieres...?

María. ¿Porque no?
¿Tus padres?
Lulu. ¿Qué haces, cruel?
¡Mis padres...! No conocí
el regazo maternal,
ni el ósculo paternal
sobre mi frente sentí.
Huérfano y abandonado,
era mi vida una flor
sin aroma y sin color
en un desierto abrasado.
Mi ardiente imaginacion
se agitaba sin cesar,
y buscaba á quien amar
mi infelice corazon.
Mi desgracia... ó mi ventura
lleváronme á una galera;
de un pirata la bandera
sobre ella ondeaba segura.
Y alli mi infantil edad
pasó, para no volver,
sin dejarme de placer
una memoria en verdad:
que en borrascosa inquietud
pasé mi infancia, Ferrando,
en trovas tristes llorando
mi penosa esclavitud.
María. ¡Esclavo desde la infancia...!
Lulu. Y esclavo siempre.
María. ¿En el mar?
Lulu. ¡Y en la tierra hube de amar
de una muger la arrogancia...!
María. ¡Una muger...! ¿Era hermosa?
Lulu. Hermosa, como los cielos,
como son tristes los zelos
y la ausencia es dolorosa...
María. ¡Pobre Lulu! (*Con malicia.*) La memoria
de esa muger ya perdiste.
Lulu. No; la memoria que es triste
nunca se olvida.
María. (*Sonriéndose.*) Esa historia
debe ser curiosa á fé,

y debe de interesar...
Lulu. Aunque tenga que llorar,
Ferrando, la contaré.
Al nacer una mañana
el dia de entre los mares,
Ferran, vertiendo á millares
sus rayos de luz galana,
á las playas arribó
de Cerigo nuestra nave,
playas de clima suave
que el cielo nos deparó.
Baltasar, que ciñe ahora,
tal vez para su dolor,
la tiara del Señor
brillante y deslumbradora,
era el capitan famoso
de nuestro barco velero...
yo, su page y su escudero
y su amigo cariñoso.
Bajamos á tierra; alli,
si él á su amada abrazó
y alivio y paz encontró,
yo la paz, Ferran, perdí...
Una belleza... María
era su nombre... tan pura,
de tan gentil apostura
que una diosa parecia.
Yo la vi, como la luz
que mi existencia alumbraba,
y el corazon la adoraba
como se adora esa cruz.
¡Infeliz! ¿dónde estará?
Ferrando... ¿Lloras? ¿Tú lloras?
María. ¿No he de llorar, si la adoras
y no sabes dónde está?
Lulu. La lloro, que la he perdido
para siempre...
María. ¿Y cómo es,
page amigo, que despues
no la distes al olvido?
Lulu. Del cielo la voluntad
nos hizo dejar sus lares,

y del seno de los mares
nos condujo á esta ciudad.
Aqui creció mi pasion
con sus recuerdos... y ahora
cada vez es mas señora
de mi triste corazon.
Que era su imagen muy bella
y muy profundo mi amor...
no burles de mi dolor...
tú te pareces á ella.

María. Silencio, que llega gente.

Lulu. Un embozado, y con él
el cardenal enemigo
del Papa Juan XXIII.

María. Escondámonos aqui...

(*Entra el cardenal Othon por la puerta de la derecha.*)

Lulu. Oigamos.

Othon. Raimundo, ven.

ESCENA II.

EL CARDENAL OTHON, RAIMUNDO; MARÍA y LULU, *ocultos.*

Othon. ¿Has recibido ya las órdenes del rey Ladislao?

Raim. Sí señor: el rey quiere encargarme la guarda de su Santidad, desde el momento mismo en que estalle el tumulto...

Othon. La esplosion se dejará oir dentro de pocos minutos... Su Santidad vendrá á orar á esta capilla, como de costumbre tiene.

Raim. Conozco las intenciones de mi rey...

Othon. ¡Y no olvides que en ello se interesa la Iglesia!

Raim. El cetro y la corona habrán enervado el espíritu guerrero de sus primeros años. Hace muchos que no cruza los mares, y que su nombre no es el terror de las naciones.

Othon. La Providencia favorezca los designios del rey Ladislao.

Raim. Asi sea.

Othon. Aquella puerta... (*Señalando la misma por donde han entrado.*)

Raim. Descuidad.
Othon. A Dios.
Raim. Él acompañe á vuestra ilustrísima.
Othon. Asi sea. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

RAIMUNDO, MARÍA, LULU. *Despues de algunos momentos de silencio.*

María. ¡Asesino...!
Raim. ¡Traicion! (*Saca un puñal y se dirige sobre María. Lulu le detiene desnudando tambien su daga.*)
Lulu. Silencio... (*Con decision.*)
Raim. Pagecillo...
Lulu. He sido pirata con Baltasar Cozza: tú tienes mas fuerza que yo; pero yo tengo menos años que tú y soy mas ligero. El puñal en mi mano irá con mas velocidad que en la tuya al sitio que se le destine.
María. La traicion está descubierta. (*Se quita una cadena que lleva al pecho.*) Toma y evita el castigo que te aguarda. Evítalo: puedes salvar tu cuerpo y tu alma: huye.
Raim. Pero...
María. A estas horas gemirá en la prision de estado el señor cardenal Othon Colonna: huye. (*Raimundo se va por la derecha.*)

ESCENA IV.

MARIA, LULU.

María. ¡Gran Dios! Lulu, corre, busca á Juan XXIII: dile el peligro que le amenaza; que no venga á orar á esta capilla; su sangre mancharia los altares; una puñalada sería la corona de su oracion. Cuéntaselo todo á Genaro, al pobre Genaro, que le quiere tanto... Gente viene... Marcha. (*Lulu se va por la izquierda.*) Velemos por su seguridad: ocultemonos... Baltasar, Baltasar... ¡yo te amo!

ESCENA V.

CLOTILDE *por la puerta de la derecha*; MARÍA *oculta.*

Clotil. Hoy mismo... no hay mas allá...
el pérfido me vendió...
¿Y es justo vengarme? ¡Oh!
mi mano le matará.
En aquel altar... alli
envia sus oraciones
al Señor, y sus traiciones
tendrán un término aqui...
Baltasar, yo te adoraba;
tú eras mi vida, mi Dios...
Un mundo para los dos
en mi mente se agitaba.
Rompistes mi amante yugo;
abandonaste las flores
de mis cándidos amores...
yo habré de ser tu verdugo.
(*Se retira al fondo de la escena y desaparece.*)

ESCENA VI.

BALTASAR, CLOTILDE *poco despues: el primero sale por la puerta de la izquierda.*

Balt. No sé por qué la generosa imagen
de Clotilde me sigue: el blando sueño
turvó su voz, y su mirada ardiente,
amorosa quizás, de amargo y triste,
pura y amante, le trocó en risueño.
Oremos al Señor; al fondo caigan
del olvido las glorias de este mundo...
Fuera las ilusiones encantadas
de aquella juventud tan borrascosa
mecida por los vientos en los mares...
Oremos al Señor... ¡Piedad, Dios mio!
(*Se dirige al foro.*)
Clotil. (*Saliendo á su encuentro.*)
Ruega al Señor por la salud de tu alma,

Baltasar; aqui estoy...

Balt. Clotilde...

Clotil. Escucha.

Tranquila bajo el techo de mis padres
mi juventud alegre caminaba,
sin deseos, sin penas, sin amores,
sin conocerte á tí. Las turbias olas
del mar á nuestra playa te arrojaron:
yo sequé tus vestidos, tus cabellos,
Baltasar, y mis ojos te miraron.
Tú me hablaste de amor y amé... ¿Te acuerdas?

Balt. Sí; me acuerdo muy bien.

Clotil. Pasaron dias
y creció mi pasion. Hubo un momento
que te amé por demas: en esa hora
te dí un puñal para guardar tus dias,
te dí un puñal para vengar mi agravio,
si atrevido y falaz me abandonabas,
y sin amor, sin ilusiones de oro
el inocente corazon dejabas.
¿Dónde está ese puñal...? Mira... en mi mano...

Balt. ¿Has jurado vengarte...?

Clotil. Lo juré.

Balt. ¿Me has seguido hasta aqui...?

Clotil. Tarde, muy tarde...

Balt. ¿Decidida? ¿Valiente...?

Clotil. Escúchame...
En las playas de Cerigo vivia
mi padre: ¡el infeliz..! A los tres años,
Santo Padre, murió. – La pobre griega
que al mancebo de Nápoles amaba,
al pirata gentil, su último aliento
recibió con dolor y hasta su alma
se estremeció tal vez: arena y flores
cubrieron el cadáver del anciano;
arena y tristes flores arrancadas
por el puñal que ves en esta mano.

Balt. ¡Dios le tenga en su gloria!

Clotil. Calla; escucha.
La pobre griega recibió en el mundo
en cambio de sus males una hermana:
la pobre griega que á tu lado ahora

no es tu amante, es tu juez, mísera ignora
dónde su hermana está; pero sí sabe
que su hermana infeliz te idolatraba,
y allá en el fondo de su pecho cándido
secreto tan durísimo guardaba.

Balt. ¡María...!

Clotil. (*Sonriéndose.*) Era su nombre...

Balt. En fin... ¿qué quieres?
que ya humillado por demas te escucho...

Clotil. Tu vida nada mas...

Balt. Ya esta no es mia,
es de la Iglesia del Señor, Clotilde.

Clotil. ¿De la Iglesia de Dios? ¿Del Ser supremo,
dechado de virtud? – En su presencia
tú me juraste amor: tu juramento
recibió la divina Providencia. –
¿Y despues? ¿Y despues? – Ambicionando
una corona augusta y consagrada
porque en la noble frente de San Pedro
brilló con esplendor y lozanía,
tú, perjuro, olvidaste tu promesa
á la faz de ese Dios que te veía:
de ese Dios que ahora invocas asustado,
cobarde y miserable. Tiembla, tiembla
la justicia divina; horriblemente
desplomará su magestuoso rayo
sobre tí nada mas. Cuando en el ara
votos impíos pronunciaste osado...
¿qué ofrendas de virtud le presentaste
á ese Dios que ahora invocas por tu escudo?
El corazon de una muger herido,
de una flaca muger que te adoraba,
sus penas, su dolor, su desaliento,
la sangre de cien víctimas pintando
de purpúreos colores tu galera
vogando osada á la merced del viento.
¡Ay! Baltasar... la celestial diadema
que agora enseñas con orgullo al mundo
no se hizo para tí.

Balt. Clotilde, basta...
Con sobrada prudencia te escuché...
ni me toca dar cuenta de mi vida

á la muger del mundo, ni mi alma
se acuerda de esa edad. — Al cielo plugo
elevarme á este trono: en él subido
sé cuál es mi deber... Mi juventud
pasó: no volverá: ya mis amores
sombras son que tambien desparecieron. —
La religion, la iglesia es mi destino...
Silencio, y ruega á Dios que él te perdone.

Clotil. Y yo no te perdono; en vano quieres
que vacile en mi intento.
(*Levanta el puñal para herirle.*)

Balt. ¡Desgraciada...!
¿Qué vale ese puñal en esa mano?

Clotil. Es verdad; no es la tuya; acostumbrada
no está á matar, porque mi mano débil
no asesinó jamas...

Balt. Déjame, y vete.

Clotil. Espero á que doblegues la rodilla
delante del altar.

Balt. (*Con resolucion.*) Clotilde... hiere
si te atreves á tanto... ¿Qué? ¿Vacilas?
Ya lo esperaba yo de tu arrogancia.

Clotil. ¡Ah! (*En ademan de herirle.*) Baltasar...

Balt. (*Deteniendo el brazo de Clotilde, y arrodillándola á sus pies.*)
Sacrílega... En el suelo,
de rodillas, aqui. — Besa mi planta;
pide perdon, perdon humildemente.

Clotil. (*Levantándose.*)
Mi mano vaciló; pero mi boca
me vengará...(*Gritando.*) Romanos, escuchadme;
Juan XXIII, el padre de la Iglesia
es un hombre perjuro... es el pirata
de los mares adriáticos; su frente
llevar no debe la corona augusta
del santo Redentor...

Balt. Silencio...

Clotil. Oidme;
venid, venid aqui, venid, romanos.

María. (*Saliendo del sitio en que estaba escondida.*)
Silencio y compasion...

Balt. Ferrando...

Clotil. ¡Cielos!
es su voz, es María... ¡Desgraciada...!
María. Yo no sé si lo soy; pero, Clotilde,
en nombre de ese amor que prodigabas
á tu hermana infeliz, que acaso muerta
las lágrimas recibe que llorabas
hace poco por ella; por la vida
de la cabeza principal del mundo,
por la gloria de Dios y de la Iglesia,
en memoria siquiera del cariño
de ese padre infeliz cuyo cadáver
coronaste de flores; en memoria...
de tu funesto amor, Clotilde, calla;
(*Se arrodilla.*)
silencio solo arrodillada pido
(*Se levanta.*)
en tu presencia, aqui. – Cien conjurados
esperan la señal para matarle,
yo sus designios escuché escondida...
El cardenal Othon y Ladislao,
ese maldito rey, el mundo y Roma...
y todos á una vez... mas yo velaba,
mísero page. – Si tu voz escuchan,
entrarán, le verán, le matarán...
ellos le matarán y no te vengas...
(*A Baltasar.*)
Lulu marchó en tu busca... Tu cabeza
amenazada está... Por los altares
de la Sixtina de San Pedro á mares
la sangre correrá... Perdon, Clotilde...
Silencio, por piedad, solo silencio..
Clotil. No, no; jamas: en infernal torrente
tambien corrió mi llanto... Compasivo,
¿quién le enjugó? Ninguno. – Mis pesares
vengados van á ser. – Venid, romanos,
conjurados, venid: aqui os espera
Juan XXIII; venid...
María. No eres mi hermana.
(*Rumor dentro.*)
Balt. ¡Clotilde...!
María. (*A Clotilde.*) ¡Eterno Dios...! yo te detesto...
(*Ruido confuso.*)

¿ Oyes...?

Clotil. ¡Venganza...!

María. ¡ Maldecida estrella
(*A Clotilde.*)
alumbró el primer dia de tu vida!

ESCENA VII.

BALTASAR, CLOTILDE, MARÍA; GENARO y LULU *entran precipitados por la izquierda.*

Gen. (*A Baltasar.*) Señor, señor... Todas las puertas estan tomadas por los traidores.

María. (*Cerrando la de la derecha.*) Cerremos esta.

Lulu. En todas partes os aguarda el puñal de los asesinos.

Balt. ¡No hay esperanza...!

Clotil. (*Sonriéndose.*) Ninguna...

María. ¡Qué alegría tan infernal...! (*Silencio.*) ¡Ah...! Lulu... La Providencia es justa... aquella puerta secreta... (*Ruido dentro. María y Lulu se encaminan hácia el cuadro de la Virgen y procuran averiguar el resorte de la puerta secreta.*)

Balt. ¡Cielos!

Voces dentro. Que muera Juan XXIII: abajo el pirata.

María. Dios mio, Dios mio, perdon.

Balt. ¿Hollarán la tiara del Salvador, y mancharán con sangre la Sixtina de San Pedro?

Clotil. (*Que ha reparado en María y en Lulu.*) ¡Cielos...! Una puerta secreta... mi venganza llegó. (*Gritando.*) Conjurados, entrad; matad al traidor.

Gen. Calla, muger infernal.

María. Piedad, piedad... (*Desesperada María de no acertar con el resorte de la puerta, cae arrodillada á los pies del cuadro de la Virgen dando fuertemente con sus manos en la parte inferior del marco: la puerta se abre inmediatamente.*) ¡Baltasar! (*Levantándose precipitadamente.*) La Providencia es justa... Ven, ven... Una muger que ama es el angel de la guarda de los hombres.

Gen. Venid.

Lulu. Venid. (*Baltasar se dirige á la puerta secreta

impelido por Lulu, María y Genaro. Redoblan los gritos: golpes á la puerta de la derecha.)

Clotil. (*Viendo á Baltasar, se precipita sobre él con el puñal en la mano.*) ¡Ah! ¡Morirás á mis manos...

María. ¡Cielos! (*La puerta secreta se cierra.*) ¡Se salvó! Ruega á los pies de esa Vírgen pidiendo tu perdon. (*Entre Lulu, Genaro y María arrodillan á Clotilde delante del cuadro de la Virgen.*)

(*Los conjurados se precipitan en la escena por la puerta de la derecha, que ha saltado á sus golpes.*)

Conjurados. Muera, muera...

María. Respetad el dolor de la muger que llora sus pecados de hinojos ante la madre de Jesus...

Clotil. Sí; lloro... perdon, perdon... (*Cae desmayada.*)



ACTO CUARTO.

El Concilio.

Constanza.-1415.

Gran salon con puertas que comunican á varias habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

EL CARDENAL OTHON *y* EL DE VIVIERS.

Othon. Bien venido, señor cardenal de Viviers, bien venido.

Viviers. Doy gracias á la Providencia por haberme concedido la de estrechar en mis brazos á uno de mis mejores amigos y mas queridos.

Othon. Lo soy, y ya estrañaba por cierto vuestra tardanza. Para el 1.º de Noviembre fue la cita. Su Santidad llegó á fines de Octubre, y retardó la apertura de las sesiones hasta el dia 5 del mes siguiente...

Viviers. ¿Algun accidente imprevisto...?

Othon. No; faltaban algunos prelados y embajadores, y andaban tambien escasos los generales de órdenes y diputados de los cuerpos eclesiásticos...

Viviers. No lo estraño. Mucha aficion se necesita á Concilios para venir á Constanza, á la Suavia nada menos, y en este año de 1415, tan sobrado de frios y de nieves.

Othon. Sin embargo, á fines de Diciembre del año anterior se hallaba ya pleno, y pasaban y pasan de cien mil estrangeros los atraidos á estas cerca-

nías por la magestad del asunto y su importancia.

Viviers. Me han dicho, señor cardenal, que los Papas *Gregorio* y *Benedicto* han enviado tambien sus diputados...

Othon. Sí.

Viviers. Y que está aqui y asiste á las deliberaciones privadas el señor emperador de Alemania.

Othon. Como que el señor emperador Sigismundo ha hecho el reglamento que se ha de observar, y tiene á su cuidado la vigilancia y la tranquilidad de todos.

Viviers. ¿Y cómo va? ¿Adelantan los padres en su dificil empresa...?

Othon. Algo se adelanta, merced á haber dividido el Concilio en cinco naciones; inglesa, francesa, alemana, italiana y española. Tambien se ha determinado que los doctores legos tengan voz deliberativa.

Viviers. Poco habrán agradado á su Santidad semejantes acuerdos...

Othon. Su Santidad tiene ya bastante con la acusacion que de él se ha hecho. Achácansele grandes crímenes, faltas de poco religioso, y sobras de desapoderado.

Viviers. ¿Y el Concilio? ¿Fulminará una sentencia contra Juan XXIII?

Othon. El Concilio respeta mucho las obligaciones que se ha impuesto: el Concilio ha conocido que la primera de todas es el mantenimiento de la religion católica en toda su pureza, y el castigo de todos los crímenes. Juan XXIII espiará sus desaciertos. El Concilio (*Con intencion.*) sentenciará á favor de los que quisieron desposeerle en el tumulto de Roma. El Concilio, señor cardenal de Viviers, reconocerá á su Santidad culpable de cuarenta crímenes. Entre esos crímenes figurará la simonía, esa úlcera del Pontificado que Genadio de Constantinopla atacó elocuentemente á mediados del siglo V. El Concilio reprochará á su Santidad el escándalo de sus costumbres, y se le declarará depuesto del trono y degradado, del mismo modo que en el de Pisa se declaró depuestos y degradados á Benedicto XIII y Gregorio XII.

:

Viviers. Fundada ha de ser la acusacion, para que varones tan respetables se decidan á castigar la cabeza de la Iglesia.

Othon. Señor cardenal, el Papa Juan XXIII ha cruzado los mares del Adriático vestido con el ostentoso trage de los piratas, armado quizás con el puñal de los asesinos: las manos de su Santidad estarán de consiguiente manchadas con sangre inocente. El Papa Juan XXIII ha vivido en medio de las costumbres de una juventud turbulenta y desbocada; desde las danzas de Génova pasó á los desórdenes de los galeotes, y desde alli se arrojó en las orgias de Nápoles: de consiguiente los labios de su Santidad han recibido el beso impuro de las cortesanas: la boca de Juan XXIII ha profanado las reliquias de la Sixtina de San Pedro. Ha llegado su audacia al punto de guardar á su querida en su mismo palacio: yo la encontré arrodillada ante el altar de nuestra Señora en la capilla del primer sucesor de Cristo. Juan XXIII la tiene aqui con escándalo de los claros varones que componen el Concilio. La dama del mancebo en Génova, la querida del pirata en Cerigo, la cortesana del embajador en Nápoles está aqui, aqui; en este mismo palacio vive...

Viviers. ¿Será cierto...?

Othon. Mirad. (*Clotilde atraviesa la escena.*) ¿Qué decís, señor cardenal?

Viviers. ¡Quién sabe si las apariencias...!

Othon. Señor cardenal, creedme. Esta noche rugirá el trueno sobre la cabeza de Juan XXIII. Los doctores y los prelados, los cardenales, los generales de todas las órdenes religiosas pronunciarán su fallo. Los soldados del emperador se apoderarán de la persona de su Santidad, y una estrecha prision será la residencia del que desde las tablas de su barco se trasladó á los soberbios salones del Vaticano.

Viviers. Vos tuvísteis la culpa.

Othon. No: Baltasar fue embajador del rey de Nápoles: Bonifacio IX en recompensa de sus buenos oficios le confirió la dignidad de cardenal. En la isla

de Cerigo me arrodillé á sus pies; en Constanza vengaré tamaño ultraje.

Viviers. ¿No hay esperanzas?

Othon. Ninguna.

Viviers. Contad con mi voto.

Othon. No esperaba yo menos del señor cardenal de Viviers. Soy yo francés y amigo por supuesto de socorrer al desvalido.

Viviers. Vamos al Concilio...

Othon. Vamos.

Viviers. Sin embargo, oid. Me han dicho que su Santidad en estos dias ha canonizado á Brígida.

Othon. Sí; á empeños de los embajadores de Suecia, Dinamarca y Noruega. La canonizacion de esa Santa significa poco. Este acto le valdrá en el cielo de mucho, en la tierra de nada. (*Va anocheciendo.*)

ESCENA II.

EL CARDENAL OTHON, EL CARDENAL DE VIVIERS, EL MARQUES DE FERRARA.

Ferrara. ¿Habeis faltado al torneo?

Othon. Ocupado estuve en acomodar dignamente al señor cardenal de Viviers, que ahora mismo llega.

Ferrara. Bien venido.

Othon. ¿Y qué tal? ¿Quién ha llevado lo mejor de la fiesta?

Ferrara. Ese justador novel que de page de su Santidad ha pasado á llevar la espuela de caballero. Empezó por echar en tierra los mejores y mas apuestos justadores de la casa de Ferrara.

Othon. ¿Buen brazo?

Ferrara. Mejor haríais, señor cardenal, en ocupar vuestra silla en el Concilio.

Othon. A él nos dirigiamos cuando vuestra llegada.

Ferrara. Vamos: mirad...

Othon. El vencedor... ¡el page de Juan XXIII! (*Lulu y Genaro entran por el fondo. Los dos cardenales y el marques salen de la escena, platicando entre si.*)

ESCENA III.

GENARO, LULU.

Gen. ¡Voto á brios que venció
tu brazo y tu habilidad...!
Lulu. Para adquirir nombradía
no hay cosa como pelear.
Gen. Buena lanza el de Baviera...
Lulu. Mas el del bravo alazan,
que sino ando tan ligero
me vence.
Gen. ¡Vaya un azar...!
Pero, Lulu, ¡qué gallardo
en tu soberbio animal
tordo claro y cabos negros,
con desdeñoso ademan
recorristes el palenque
dando al concurso que hablar!
Tus cabellos en cien rizos,
perfumados de azahar,
caían sobre tu espalda
del viento á la voluntad.
Una cosa te faltaba,
una cosa nada mas.
Lulu. Dímela pronto, Genaro...
dímela por caridad,
que á otro palenque te juro
de menos no la echarás.
Gen. Una banda sobre el pecho,
regalo de la beldad
que señora de tu alma...
Lulu. Silencio, silencio ya.
Ni la tengo, ni la quiero,
ni la he tenido... Quizás
esa esperanza brilló
por un momento en la edad
última de mi niñez...
en esa edad celestial
que de Cerigo en las playas...
¡Qué recuerdo...! No: jamas...

ESCENA VI.

BALTASAR, CLOTILDE; *aquel con la tiara en la mano.*

Balt. Clotilde..., escúchame, que no se asusta
mi corazon del porvenir sombrío
que me prepara el mundo: tan escaso,
Clotilde, no es el ardimiento mio.
Ahora recuerdo yo que una mañana
interrumpiste mi oracion, Clotilde,
en la Sixtina de San Pedro: un dia
en que turba frenética de osados
atentó necia á la existencia mia.
¿No te acuerdas, Clotilde? ¿No recuerdas
que la voz del Pontífice romano
no maldijo á la mísera hermosura
que levantó el puñal en mi presencia,
en ademan de atravesar mi pecho,
mi dignidad hollando y mi excelencia...?
¿Sabes, Clotilde, la esperanza entonces
del sucesor de Cristo? Ardientes votos
dirigia al Señor en tu defensa:
con lágrimas pidió, con amargura,
tu conversion, tu conversion, Clotilde:
yo esperaba que un dia arrodillada
vinieras á mis pies y arrepentida
pidiéndome perdon, y no que osada,
vengativa muger, con apariencias
poderosas y pérfidas trocases
mi buena fama en mala y corrompida.
¡Tu presencia en Constanza...! No lo estraño...
débil para matar como asesino,
no te faltó valor para perderme
á los ojos del mundo... Atravesaste
pueblos, caminos entre nieve y frio
para venir aqui... yo te perdono.
Los hombres que me vieron en los mares
monarca del Adriático espumoso,
sin vacilar dirán... "Es su querida;
Juan fue pirata; el Vaticano ha visto
en el placer atravesar su vida."
Ya lo han dicho, Clotilde: ¿estás contenta?

Ya decretó el Concilio, y ya mañana,
esta noche tal vez entre cadenas,
Clotilde, me verás. – Yo te perdono.
Cuando las guardias en mi busca lleguen,
les darás á la par que mi cabeza,
mi corona: aqui está. Rie, Clotilde...
ya estoy en tu poder...

(*Deja la tiara sobre la mesa.*)

Clotil. Y há muchos dias,
Baltasar, Baltasar, que lo esperaba.
No recuerdo la edad de tus victorias
en los mares Adriáticos, tus glorias,
que turbaron la paz del alma mia:
no recuerdo la edad de tus amores:
pasó para los dos..., edad que siempre
muy presente la tengo. ¡Dios la borre
del corazon de entrambos! – Ese dia
en que insensata y rencorosa quise
tu sangre derramar en los altares,
en los altares, Baltasar, con fuego
le tengo aqui, (*Señalando la frente.*)
sin que le acaben nunca
las lágrimas copiosas de mi ruego.
Ese dia robó de mi semblante
los purpúreos colores; de mis ojos
el sueño seductor y de mi alma
la deliciosa paz. En ese dia,
remordimiento atroz, insoportable,
se apoderó, señor, del alma mia.
Quise llorar, y en vano: de mis ojos
no salió ni una lágrima siquiera...
quise orar, y en mis labios la plegaria
helada se quedó: secreto acento
me gritaba do quier. – "Al Santo Padre,
perdon, perdon;" y hasta Constanza vine
en busca del perdon. – Ya me escuchaste. –
Pobre, arrojado á mi perdida patria
por una tempestad, yo te amparé:
dias y dias de ventura y gloria,
dias de amores, Baltasar, probé.
Despues armiños y preseas de oro
me diste en abundancia. ¿No te acuerdas?

(*Señalando á la puerta de su cámara.*)
Allí estan; tuyas son. Hasta tus trages
he conservado allí. – Perdóname...
Tú me das tu corona tan preciada...,
tú me das tu cabeza, no la quiero...
Mira; tal vez la suerte mas propicia
hoy será para tí... ¡Tus vestiduras!
¡El brillante jubon de los piratas...!
Recuerda la Sixtina de San Pedro...
En ella yo te dije... "En esa hora
te dí un puñal para vengar mi agravio,
te dí un puñal para guardar tu vida..."
¡Ay! Toma, Baltasar: ¡Dios te proteja!
(*Le da el puñal.*)

Balt. ¡Clotilde...!

Clotil. Mi perdon solo te pido,
mi perdon nada mas..., que no se rocen
tus vestiduras con las mias... ¡Nunca!
¡Si supiérais, señor, lo que he sufrido...!
¡Ni velar, ni dormir! ¡Siempre esperando
la muerte y el infierno! ¡Qué agonía!
Id, por piedad, señor; que mi ventura
os ponga en libertad... Lulu, Genaro...

(*Aparecen Lulu y Genaro á la puerta de la cámara de Baltasar.*)

Juan XXIII, perdon... (*Se arrodilla.*)

Balt. (*Levantándola.*) Yo te perdono,
te perdono y...

Clotil. Silencio... Dios lo sabe
lo que ibais á decir. Dios de mi alma

(*Baltasar entra en la cámara de Clotilde: esta continúa con los ojos bajos hablando como si la oyera Baltasar.*)

lee el sentimiento encantador que ahora
domina á su placer; el sentimiento
nacido del Adriático en los mares,
al ruido de las olas espumosas
arrullado, y tambien por los cantares
de mi padre y mi hermana: ese constante
deseo que me agita y atormenta,
que colocó el puñal en esta mano
débil, amante, coronada siempre

de tus besos ardientes, inspirados,
bañada con tus lágrimas hermosas
seguidas de suspiros adorados:
esa idea eternal en mi memoria,
pura como los ángeles del cielo,
tormento há muchos años de mi vida,
y en la noche de hoy dulce consuelo...
que humilló la altiveza de mi frente,
que destrenzó mi negra cabellera,
que marchitó mi cándida megilla,
que destrozó mi corazon ardiente,
que me hizo ver en el maldito mundo,
un mundo de esperanza, de alegría,
sin noche, sin tinieblas que ocultasen
la claridad inmensa de su dia:
ese dulce y sublime sentimiento...

Lulu. (*Atraviesa la escena cantando la siguiente estrofa.*)

"A Dios, playa
seductora
donde mora
mi beldad;
no me olvides,
prenda amada,
ten, cuitada,
caridad."

(*Apenas acaba la cancion, continúa Clotilde.*)

Clotil. Ese canto fue el canto de la muerte
de mi placer... de mi cariño, no:
mi cariño creció como las aguas
á impulsos de los recios vendabales...

(*En este momento aparece Baltasar en la escena, vestido de pirata y seguido de Genaro.*)

mi cariño creció; no hay quien le ahogue.
Perdona, Baltasar; yo te adoraba,
y yo te adoro aún.

Balt. (*Enseñándola la tiara que está sobre la mesa.*)
Clotilde, mira.
A Dios. (*Vase por el foro, seguido de Genaro.*)

Clotil. A Dios... ¡Jesus...! ¡Jesus le valga...!

ESCENA VII.

Despues de un momento de silencio, EL CARDENAL OTHON, CLOTILDE, *guardias del emperador.*

Clotil. ¿Qué buscais?

Othon. Al Pontífice.

Clotil. (*Dándole la tiara.*) Tomad; no le persigais. Dios es justo. Señor cardenal Othon Colonna, entregad á los padres del Concilio la corona de tres órdenes que ha brillado durante cinco años y cuatro dias en la cabeza del pirata Baltasar Cozza. (*El cardenal y los guardias se retiran por el foro.*) Para mí... ¡un convento...! (*Se entra en su cámara.*)



ACTO QUINTO.

Las dos Hermanas.

Florencia.–1419.

Sala en el palacio de Cosme de Médicis. Una puerta á la derecha: otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE *vestida de religiosa*, GENARO.

Clotil. Salud y gracia...
Gen. Salud
la religiosa tambien...
¿qué buscais?
Clotil. Me han concedido
la inapreciable merced
de asistir al Santo Padre
en el momento postrer
de su vida.
Gen. Valedores
de alcurnia ilustre y de prez,
señora la religiosa,
para eso tenido habreis...
Clotil. Cosme de Médicis solo...
Gen. El único hombre pardiez
que en cosas de Baltasar
se ha portado siempre bien...
Clotil. Estima mucho el de Médicis
al Papa Juan XXIII.
Gen. ¿Si le estima...? Yo lo creo...
Cuando preso en Heidelberg

la vida de Baltasar
era una vida cruel,
dos hombres le consolaban
en sus penas á la vez.
El uno su amigo; el otro
el pobre Genaro, aquel
que vivió su juventud
á su lado; el mismo que
le acompañó á Laufemburgo
y á Friburgo, y que despues
ha vivido por su mal
para verle perecer.
Ese soy yo...; su Genaro...,
el que le vió en su niñez
alegre, risueño y puro;
y en su juventud cortés,
galan, pirata valiente
desafiando en su bajel
la cólera de los vientos,
de toda Europa el poder:
el que en Roma le amparó
con el puñal que aqui veis:
(*Le enseña el que lleva en el cinto.*)
el que le ayudó en Constanza
á libertarse de aquel
cardenal *Othon Colonna*,
que hoy el Pontífice es
con el nombre de *Martino*...
Genaro, aqui me teneis.

Clotil. Salud y Gracia...

Gen. Salud,
la religiosa tambien.

Clotil. ¿Y cómo sigue el que hoy llaman,
por ironía ó desden,
Dean del Sacro Colegio...?

Gen. Luego, muy pronto á mi ver
dará su espíritu á Dios.
La noche ha sido cruel;
convulsiones, agonía,
agitacion... Por mi fé,
que yo esperaba, señora,
la luz del amanecer,

como luz que alumbraria
su cadáver.

Clotil. (*Aparte.*) Por mi bien
sin duda detuvo el cielo
su sentencia. Mas... ¿quién es,
Genaro, esa religiosa
que allá á lo lejos se ve?

Gen. Es un angel que le cuida
con esmero; desde ayer
no le deja ni un momento...
Su palabra es tan cortés,
y sus cuidados tan dulces...
que cuando reza... ¡Pardiez!
que una santa me parece
enviada de Dios á él.

Clotil. (*Aparte.*) ¡Nunca llego la primera
si se trata de su bien!
¿Qué valen ya mis cuidados,
mi ternura...? (*Se recuesta en un sillon.*)

Gen. (*Con interes queriendo levantar el velo que la cubre.*)
¿Qué teneis...?

Clotil. (*Deteniéndole.*) Nada.

Gen. Es verdad; perdonadme;
lo del respeto olvidé...

Clotil. ¿Y dónde el enfermo está...?

Gen. (*Señalando á la izquierda.*)
En esa cámara. A fuer
de loco calenturiento
recitando le dejé
versos de su juventud,
memorias de su niñez...
recordando las caricias
de su madre y el placer
que con ellas tuvo un dia,
y recordando tal vez
sus amores y esperanzas,
y el nombre de una muger.

Clotil. ¡Ay!

Gen. Vaya... pues está buena...
Esta suspira y tambien
aquella otra suspiró...

Clotil. ¡Gran Dios! ¡Qué sospecha...!
Gen. ¿Eh?
Clotil. No dije nada, Genaro...

(*Genaro se ha acercado á la puerta de la cámara de Baltasar.*)

¡Cuatro años sin verle...!
Gen. (*Volviendo.*) ¡Pues...!
siguen los versos y sigue
la fúnebre amarillez
de su semblante.
Balt. (*Dentro.*) Genaro...

(*En el momento aparece una religiosa por la puerta del foro.*)

Gen. (*Dirigiéndose á la cámara.*)
¡Qué puntualidad!
Clotil. ¡Si es
María! ¡Infeliz! ¡Murió!
¡Ya nunca mas la veré!

ESCENA II.

CLOTILDE: *se levanta el velo.*

Yo vi la gentileza
de sus primeros años; de su frente
la cándida belleza
mi corazon ardiente
inflamó de este amor que ahora siente.
Yo vi sobre los mares
su arrogante bajel engalanado,
y en mis nativos lares
naciera infortunado
de un tierno amor el infeliz cuidado.
Su plática sabrosa
como el olor de las tempranas flores;
pródiga, generosa
su mano y vencedores
siempre de su estandarte los colores;
mis oidos oyeron
y de amor las palabras escucharon;
cuanto mis ojos vieron
alma y cuerpo guardaron

:

y lo guardan aún y le adoraron.
   Subido al trono santo
de su Clotilde se olvidó: inclemente
burlóse de mi llanto
que bajaba inocente
de mis hundidos ojos tristemente.
   De la venganza el dia
brilló para llenarme de amargura;
con amante alegría
de su prision oscura
¡Guay...! le arrancó entonces mi hermosura.
   Despues... mis sinsabores
me llevaron á un templo religioso
para llorar amores
y el perdido reposo
de Jesus en el seno cariñoso.
   Gracias, gracias mil veces
te doy, Señor, en mi infeliz retiro;
mas gratitud mereces
ahora que le miro
y escucho ¡ay triste! su mortal suspiro.

ESCENA III.

CLOTILDE, MARÍA, *las dos con el velo echado: María sale de la cámara de Baltasar.*

Clotil. ¿Adónde, la hermana, vais
tan de prisa?
María. No lo sé,
pero el alma, por mi fé,
dirá si la preguntais
que es mucho lo que pasé.
Clotil. ¿Qué sufris...? ¡Tan conmovida...!
Debeis tener poca edad...
María. No ha sido larga mi vida;
pero es una eternidad
entre lágrimas perdida.
Clotil. Tan niña y tan desgraciada...
¿El nombre...?
María. El de mi niñez
no recuerdo; ya no es nada:

el que yo llevo esta vez
por lo triste desagrada.

Clotil. ¿Dolores?

Maria. Sí.

Clotil. Me parece,
religiosa, que llorais:
si el corazon desfallece
¿por qué no me revelais
el tormento que padece?
Yo tambien, la religiosa,
abandonada sufrí
las penas de ser hermosa;
yo tambien mi cara vi,
de alegre, triste y llorosa.
Venid, venid á mi lado
y lloraremos las dos,
que objeto de mi cuidado
habeis en mí despertado
tristes memorias por Dios.
Yo tambien un nombre tuve
de gloria y felicidad,
que huyó con velocidad,
como oscurece esa nube
del dia la claridad.
Y desde mis patrios lares,
recinto de mis amores,
que al son de blandos cantares,
y al murmullo de los mares
mi nombre orlaban de flores;
á reclusion misteriosa
me retiré tristemente,
y arrepentida y llorosa
puse en mi pálida frente
el velo de religiosa.

Maria. (*Aparte.*) ¡O cielos! Yo juraría
que es ese su mismo acento,
que es ese su sentimiento...
Clotilde, la hermana mia...
(*Con disgusto.*)
y el de alli... su pensamiento.

Clotil. ¿Cuál ha sido vuestra vida?

Maria. Mi vida muy triste ha sido...

Clotil. Sin padres tal vez, hundida
en el polvo... escarnecida...
María. Vale mas darla al olvido...
Clotil. No, la religiosa, no;
te lo ruego por el triste
que alli moribundo existe...
¿Desoyes mi ruego?
María. ¿Yo?
Recibe lo que pediste.
A los trece años de edad
no sabia qué era amor...
Clotil. No sabias en verdad
que es mucha infelicidad
y muy profundo dolor.
María. Sin completar catorce años
ya tuve esa pena aqui...
y de pronto recibí
los amargos desengaños
que da el amor...
Clotil. ¡Ay de mí..!
María. Tuve un padre á quien amaba
con infinita ternura,
y el dia en que se enterraba
lágrimas á su sepultura
de ausencias de amor lloraba.
Y mi patria abandoné...
sola, sin dar un abrazo
á una hermana que dejé
y en cuyo amante regazo
muchas veces reposé...
Clotil. ¡Ella es...! ¡Pobre María!
¡La quise y la quiero tanto...!
Bendigo, ó Dios, este dia...
Señor, no me ahogue el llanto,
ni me mate la alegría.
María. Despues á Roma partí...
al lado suyo viví...
del hombre que idolatraba,
y alli venturosa fuí.
Era su angel que velaba...
A poco tiempo mi suerte
cambió... dolencia mortal,

desgarradora, infernal,
puso mi ser de la muerte,
ó señora, en el umbral.
   Y no sé; un remordimiento
que me aflige á cada hora,
que mi existencia devora,
que todavía aqui siento
para mi daño, señora...,
   arrancó un voto sagrado
á mi labio moribundo,
voto que siempre he guardado,
y que me echaba de un mundo
tan bello y engalanado.
   Y á reclusion misteriosa
me retiré tristemente,
y arrepentida y llorosa
puse en mi cándida frente
el velo de religiosa.
   ¿Llorais vos...?

Clotil. ¿No he de llorar,
si da lástima el oir
tanta amargura y pesar?
¿No os cansásteis de sufrir?

María. ¿Hay quien se canse de amar...?

Clotil. Si la hermana que perdida
llorais, ahora viniese,
y á vuestras plantas rendida,
por su amor y por su vida
vuestro cariño os pidiese...
   ¿escuchariais tal vez
con desdeñosa altivez
sus lágrimas y su acento?
¿Pagaría su contento
acaso dura esquivez?

María. ¡Ah! no: jamas; bien que lucho
con el recuerdo infernal
de su cariño fatal,
yo quiero á mi hermana mucho
para hacerla tanto mal.

Clotil. ¿Y si ella mas rencorosa,
sin otro amparo que Dios,
y descompuesta y celosa

os pidiese cuenta á vos
de esa pasion generosa?
¿Qué haríades...?

María. ¿Yo? Doblar
la rodilla humildemente;
perdon, perdon demandar
y su megilla y su frente
con mis lágrimas regar.
"Clotilde, yo la diria,
Clotilde del corazon,
mis años muy pocos son,
y eran menos todavía
cuando nació mi pasion.
Perdona; no te ofendí
cuando por mi mal le amé;
incauta niña le vi,
y con respeto guardé
la inspiracion que sentí.
Y en medio de mis pesares,
de mi constante agonía,
por la noche, por el dia,
en los pueblos y en los mares
tu imagen me sonreía.
Acuérdate que le amamos
las dos, Clotilde, las dos;
acuérdate que esperamos,
y que á su lado lloramos
dura sentencia de Dios.
Clotilde, ven; yo te llamo...
¡Ay...! no me maldigas... no...
perdon, mi perdon reclamo..."

Clotil. (*Arrojándose en brazos de María.*)
Duélete de él como yo,
y ámale como yo le amo...

María. ¡Clotilde...!

Clotil. ¡María...! (*Se oye ruido.*) ¿Quién? Alejémonos... ¡Dios mio! ¿Es este Baltasar...? ¡Si no palpitara mi corazon no le conoceria...!

ESCENA IV.

BALTASAR, GENARO; CLOTILDE y MARÍA *se retiran al fondo. El primero sale apoyado en Genaro y toma asiento en un sillon que hay junto á la mesa.*

Gen. Pero..., señor, ¡qué empeño..!

Balt. Nada, Genaro, nada... quiero morir mirando la luz del sol, esa luz que ennegreció mi frente en los dias de mi juventud; que alumbró los de mis amores y mis ilusiones, los de mi esperanza; que se ostentó brillante y encantadora en mi embajada de Nápoles y que reflejando despues en mi corona de tres órdenes, vino á desmayar en las cárceles de Heidelberg y á morir en Florencia en el palacio de Cosme de Médicis... (*Se sienta.*)

Gen. Todavía no; la Providencia...

Balt. La Providencia te ha permitido llegar á viejo, y te ha dado la facultad de tener ahora tantas ilusiones y tan hermosas como los niños. ¿Crees engañarme, Genaro...? ¿Crees tú que yo me siento fuerte y vigoroso...? No; voy á morir, y voy á morir muy pronto: hoy será la última vez que el rayo del sol se estrelle en el amarillento color de mi frente... Tengo 47 años, Genaro... he llevado una corona de gran valor en mi cabeza, y he visto muchas á mis pies... ¡Todo se queda aqui! ¡Yo parto solo á dar una cuenta estrecha en el tribunal de Dios...!

Gen. Vamos, callad...

Balt. ¿Te acuerdas, Genaro, de mi madre...? ¿Te acuerdas de la ternura con que me besó, de las bendiciones que me echó cuando por primera vez me lancé en medio de los mares y de las tempestades? ¿Te acuerdas de la indiferencia con que mirábamos la muerte en los combates...? ¡Tú eras mas valiente que yo...!

Gen. No tal; vos me salvásteis la vida en un encuentro que tuvimos con las galeras del emperador. ¡Qué bien se trabajó aquel dia! Las galeras imperiales sucumbieron á la ligereza del buque corsario y á la bravura de los Piratas.

*

Balt. Sí; es verdad... despues el emperador encerró en las cárceles de Heidelberg al capitan Pirata que habia trocado su nombre de Baltasar Cozza por el de Juan XXIII. ¿Y conoces tú la mano que rompió nuestras cadenas...?

Gen. No, señor; no la conozco...

Balt. La de Clotilde; la pobre Clotilde vendió todas sus preseas de oro y sus galas mas ricas, para satisfacer los 30,000 escudos que por mi rescate exigia el emperador. ¡La bendicion de Dios la acompañe á todas partes...!

Gen. ¡Asi sea!

María. ¡Asi sea!

Clotil. ¡María!

Balt. Dime, Genaro, ¿has tenido nuevas de Lulu?

Gen. Sí señor; las últimas le dan al servicio de S. A. don Juan II, rey de Castilla...

Balt. Dios bendiga sus años y favorezca sus empresas. ¡Dios le salve, Genaro, y le ayude en la hora de su muerte á morir como cristiano! ¡Ay...! Genaro...

Gen. ¿Qué teneis, señor?

Balt. Me debilito por momentos... Mira, avisa á mi confesor... di á Cosme de Médicis que su amigo va á terminar su carrera en este mundo para empezar tal vez su espiacion en el otro... Vamos... (*Con debilidad.*) marcha pronto; no contradigas los deseos de un moribundo...

ESCENA V.

BALTASAR; CLOTILDE *y* MARÍA *retiradas.*

Balt. ¡Pobre Genaro...! ¡Cómo me quiere! ¡Él solo no me abandona...! Hasta esa religiosa que me asiste ha desaparecido... (*María se va acercando.*) ¡Cómo ha de ser! (*Sonriéndose.*) Ya no soy Pirata y nadie me teme; ya no soy Pontífice, no tengo corona y nadie me adula.

María. Señor, señor...

Balt. ¿Qué me quieres...?
¿Eres tú, la religiosa...?

María. Yo soy, que triste y llorosa...

Balt. ¡Angel entre las mugeres...!
Voy á morir...
Maria. Mi señor,
por cariño ó caridad,
solo un momento olvidad
vuestra muerte y mi dolor...
Balt. ¿Tanto te aflige? ¿Y por qué?
Maria. No sé si á decir me atreva...
vuestro estado lo reprueba...
Balt. Dilo pronto...
Maria. Asi lo haré...
Hay quien tiene un sentimiento
profundo en el corazon,
y pide vuestro perdon...
una hermana del convento.
Balt. ¿Su perdon...? Está en tu mano...
yo muero sin duda hoy...
es la paga que te doy
por tu esmero sobre humano.
Maria. Oid, señor; no os asombre
su nombre... la pobre llora...
vos lo dijísteis agora...
Balt. ¡Oh! ¡por Dios...! dime su nombre...
Maria. Clotilde... (*Con temor.*)
Balt. ¿Clotilde...?
Maria. Sí.
Clotil. (*Se precipita á sus pies.*)
Sí; Clotilde arrodillada
perdon, su perdon te pide...
¡Baltasar...! ¡Ay! que decide
su salvacion tu mirada.
(*Maria se retira á un lado, y se levanta el velo.*)
Balt. Clotilde, yo te perdono. (*Moribundo.*)
Ven; ya no te veo; ven...
perdóname tú tambien...
Maria. ¡Su dicha por fin corono...!
En sus brazos morirá...
en sus brazos... ¡no en los mios...!
Balt. ¡Qué emocion...! ¡mis labios frios...!
Clotil. Su mano tambien lo está...
Balt. Clotilde... ¡Dios...!
Clotil. ¡Baltasar...!

:

¿No sabes quién está allí?
María.

Balt. Ma...ría... sí... (*Muere.*)

Clotil. ¡Ha muerto...! ¡horrible penar...!

María. ¡Ni un acento para mí...!

ESCENA VI.

CLOTILDE, BALTASAR, MARÍA, GENARO, COSME DE MÉDICIS, CABALLEROS FLORENTINOS.

Gen. (*Anunciando.*) Cosme de Médicis...

María. ¡El Pirata Baltasar Cozza, el Papa Juan XXIII en Roma, el Dean del Sacro Colegio en Florencia, ha muerto...!

FIN DEL DRAMA.

MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 28 – Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 82 á 84)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID